Los muertos siguen caminando por las calles

Mateo de Paz

Cuando me vine a vivir a Madrid, solo traje conmigo un libro de Albert Camus. Irantzu, que por las noches trabajaba de camarera en un garito de Portugalete y durante el día atendía una consulta del tarot, me lo había regalado en su casa como despedida. Varios años y mudanzas después me doy cuenta de que aquel libro inicial del argelino fue el primero de muchos que han ido ocupando estanterías, mesitas de noche y columnas en el suelo. Este año que termina con las primeras elecciones en las que la tradición etarra de manifestar su presencia siniestra en las urnas no ha sido una novela infinita, yo he añadido un par de libros a mi caótica biblioteca: El comensal de Gabriela Ybarra (Caballo de Troya) y El camino de los difuntos de François Sureau (Periférica). Ambos son un retrato, bajo diversos puntos de vista, de una época oscura de nuestra historia, pero las dos van más allá de la simple autobiografía novelada. El libro de Ybarra arma el secuestro y ejecución de su abuelo paterno y la muerte de cáncer de su madre. En la nota previa la autora confiesa que lo que el lector tiene entre manos solo es una reconstrucción libre de la historia familiar, porque a menudo, imaginar –señala– ha sido la única opción que he tenido para intentar comprender. La de Sureau, al contrario, concebida en torno al tema de la culpa, es una invención diseñada sobre un aventurero, el falso etarra Javier Ibarrategui, nacido en Zestoa, Guipúzcoa, en mil novecientos cuarenta, que participó en el asesinato del torturador Melitón Manzanas, ocupó un cargo importante en la organización, criticó con dureza la voladura de Carrero, huyó a Francia, donde solicitó asilo político –el narrador, abogado de la Comisión de Apelaciones de Refugiados, se lo niega, de ahí la culpa–, y fue tiroteado y asesinado en Pamplona por una pareja de motoristas pagados por el GAL. La de Ybarra, profundamente real, realiza una reconstrucción libre, no exacta, del asunto de su familia; la segunda, falsa, reconstruye con exactitud la vida de un personaje inventado, alguien que nunca existió. ¿Cómo narrar los hechos reales?, nos pregunta Piglia en Respiración artificial. El terrorismo preocupa a las personas –dice Townshend–, y lo hace de forma deliberada. Su objetivo no es otro que la amenaza constante, por eso ha acaparado tanta atención. Cuando vivía en Santurce, a los escritores y editores les costaba la vida narrar y editar los hechos reales: el miedo les preocupaba. Ahora la realidad está siendo revelada, cada vez son más los editores que deciden sacar a la luz los relatos de ficción de aquella época oscura. La pregunta de Piglia apunta al modo de narrar, sometido el relato a la mirada de la Junta Militar, de igual modo que el relato en España estaba sometido a la óptica del fusil de ETA y sus observadores y anotadores de rutinas. Si bien entonces era imposible narrar los hechos reales, y solo vivía en el entorno el cáncer del secuestro y de las bombas, ahora es posible contar desde diversos puntos de vista la verdad. José Ovejero publicó un estado muy interesante en la Red Social que un amigo me reenvió por correo electrónico: "Una conversación sobre política con el conductor que me trae de Alicante a Murcia. Sin despegar los ojos de la carretera, mientras toma una curva ajustada, afirma: 'No hay una sola verdad; verdades hay muchas, pero la realidad es una". Sin embargo, nunca me convenció aquella frase de las películas de serie B, la tarde de los domingos, que anulan en el espectador la fabulación de la ficción: "Basado en hechos reales". Según esto, ¿lo tangible es lo que importa, siguiendo a Aristóteles, y la realidad es la única verdad? ¿No hay interpretaciones de un hecho, sino lo que sucedió de verdad? En este sentido las dos obras opinan lo contrario: narran los hechos reales reconstruyendo libremente lo que sucedió, o inventándose todo, una postura legítima también.

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

BARCELONA-1 — Jueves, 23 de junio de 1977 — Fundada en 1881 - Número 34.5..

El cadáver ha aparecido en el puerto de Barazar

Don Javier de Ybarra ha sido asesinado

En el puerto de Barazar, a veinticinco metros del lugar señalado en el comunicado de ETA del pasado lunes, apareció ayer el cadáver de don Javier de Ybarra, que había sido secuestrado por un comando de la citada organización terrorista el día 21 de mayo último. En esta foto vemos al señor Ybarra, rodeado de un grupo de menores de edad, en la Casa de Amurrio, de cuyo Patronato era presidente

En el capítulo quinto del Quijote, un labrador le dice al Caballero de la Triste Figura que mire bien, pues él no es ni don Rodrigo de Narváez ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino, y que el caballero no es ni Valdovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo señor Quijana. ¡Yo sé quién soy!, grita Don Quijote. Él sabe que puede ser los Doce Pares de Francia y los Nueve de la Fama. Sabe que puede ser cualquier personaje de los muchos que ha leído encerrado en la alcoba de sus quimeras hasta sufrir los primeros síntomas de la mirada eidética por la que un creador ve en la realidad los personajes por él mismo creados. La autoficción es una alucinación pronominal: construirse a sí mismo en la ficción, ser otro en la ficción, inventarse. Como Don Quijote, uno se afirma en su misión y en su pronombre porque a pesar de que el autor lo narre desde fuera, él es el protagonista indiscutible de la historia desde dentro. Me pregunto cuánto habría cambiado la historia literaria si el Quijote hubiera sido narrado como el Lazarillo, una autoficción postiza y simulada que esconde en sus tripas las ideas erasmistas y reformistas de su autor. Borges vio –hasta donde le dejara la vista– este recurso para su obra: confundir al lector, decir que él es el autor, el creador, el escritor, el narrador y el personaje y terminar diciendo, como hace en "Borges y yo", que no sabe cuál de los dos escribe esta página. O no lo recuerda porque lo ha olvidado o no lo quiere recordar. A propósito de esto decía Montaigne que el que no esté seguro de su memoria debe abstenerse de mentir. Verdades hay muchas, pero la realidad solo es una.

Uno de mis cuentos preferidos comienza así: "Pasarán unos años y olvidaremos todo". La frase abre una trilogía en torno a la Guerra Civil en Madrid, la de Juan Eduardo Zúñiga, los embudos de las explosiones, las calles levantadas, las casas destruidas: "todo parecerá un sueño –sigue el narrador–, y nos extrañará los pocos recuerdos que guardamos". La escritura autobiográfica no es nada sin memoria, aunque haya sido falseada en beneficio de una estructura narrativa, de una trama, como tampoco lo es sin alucinación pronominal. Si la autoficción, tan de moda, es la alianza que se establece entre el narrador, el protagonista y el autor, Vila-Matas define muy bien la relación entre realidad y ficción con la metáfora del biombo. No estoy seguro de que él fuese el creador de tal definición, puesto que él mismo reconoce sintetizar con el tropo una conferencia de Ottmar Ette en la universidad de San Gallen. La autoficción es engañosa porque nunca sabemos qué parte de realidad o de ficción separa el biombo. De hecho, todo cuanto he escrito sobre mí hasta ahora podría ser falso, o licuado por el filtro de la ficción, que a estas alturas del relato lo es toda.

Mientras escribo estas líneas, transcurre la jornada electoral. Desde que empecé a votar pasados los dieciocho años, no recuerdo que en ella no estuviera ETA presente. Hoy ETA, aunque no haya entregado las armas ni haya reconocido su equivocación y su derrota, parece, como en el cuento de Zúñiga, un sueño, porque pasará el tiempo y lo olvidaremos todo. Pero no ha transcurrido tiempo suficiente y ETA ha asesinado durante tanto tiempo que no resulta extraño saber que la literatura que narra su conflicto comienza a revelarse hoy. Yo sabía que tenía que llegar. Era cuestión de tiempo. Cuando la organización arrinconada decidió abandonar la lucha armada y pasarse a la política, supe que la literatura le perdería el miedo al terror y la ficción, a la realidad. La novela de Gabriela Ybarra es una joya que cuenta dos historias en dos sentadas de lectura; la de Sureau es un relato autoficcional inventado y brevísimo, menos de cincuenta páginas, que habla de la vergüenza y de la culpa. Pero ambas son dos tratados de moral porque en la realidad los muertos siguen caminando por las calles. bs

Mateo de Paz (Santurce, 1975), licenciado en Filología Hispánica por la UNED, con Premio Fin de Carrera, colabora habitualmente en revistas culturales y académicas, donde ha escrito sobre cuento, novela y poesía. En la actualidad es profesor de instituto en Madrid.